

La ballena olvidada de *Herman Melville*

ESTE MES SE CUMPLEN 200 AÑOS DEL NACIMIENTO DEL AUTOR DE *MOBY DICK*, UNA NOVELA QUE PASÓ DESAPERCIBIDA EN SU MOMENTO PERO QUE EN EL SIGLO XX ALCANZÓ LA CUMBRE DE LA LITERATURA UNIVERSAL

A veces resulta imposible saber qué partes de una historia nacen de la imaginación y cuáles de la experiencia, pero en el caso de Herman Melville se hace aún más difícil: lo que podría pasar por fantasías, lo había vivido en primera persona. Es así, a través de su extravagante vida, como el autor de *Moby Dick* rompió la barrera entre realidad y ficción.

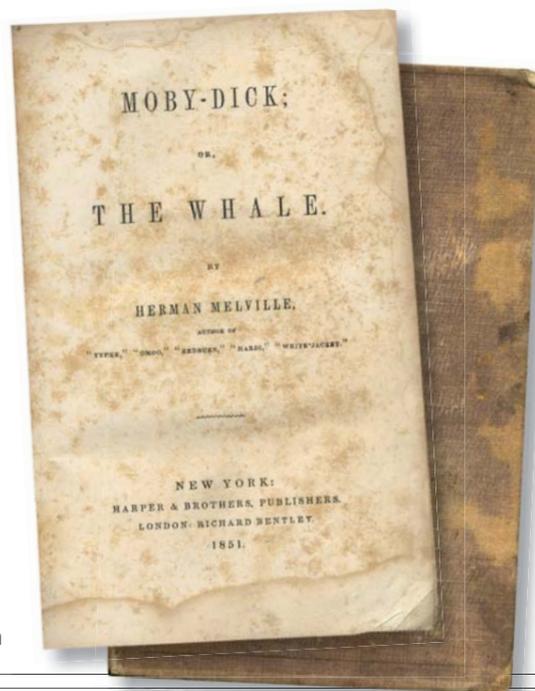
Melville nació en Nueva York el 1 de agosto de 1819 en una familia que se dedicaba a la importación, aunque eso no significaba mucho en un país donde te podías arruinar con la misma velocidad con la que se cumplían los sueños. Su padre no soportó la quiebra del negocio y murió, dejando a su esposa y a los ocho hijos con las manos vacías. Melville, con apenas trece años, se empleó en un banco en Lansingburg, donde se habían mudado, y acabó dando clases. Pero no aguantó ninguno de los trabajos y los artículos que escribía para un periódico bajo el título *Fragmentos desde una mesa de escritorio* apenas le daban beneficios. Entonces, decidió enrolarse en un barco mercante.

Tras regresar cuatro meses después, fue incapaz de adaptarse en tierra firme y pensó que la próxima vez, ya con el mar dentro de él, viviría una aventura más intensa. Se acercó al puerto de New Bedford y se enroló en el ballenero Acushnet. “Esos viajes son para mí”, escribió en *Moby Dick*, “el sucedáneo de la pistola y la bala”.

Eran los primeros pasos del Estados Unidos moderno y muchos jóvenes se embarcaban rumbo a cualquier parte con la única esperanza de regresar vivos. El Acushnet salió en



HERMAN MELVILLE, retratado por Joseph Oriel Eaton en 1870, publicó su obra *MOBY DICK* en 1851. Aunque en vida apenas vendió 4.000 ejemplares luego se convirtió en la gran novela americana.



enero de 1841 hacia las Azores y Cabo Verde, regresó hacia Sudamérica y llegó a las Galápagos antes de continuar a los Mares del Sur. Mientras, el joven escuchaba historias de ballenas y leía los libros que hinchaban su imaginación.

TIEMPO DE AVENTURA. Año y medio después, el ballenero fundeó en las islas Marquesas y Melville se lanzó a buscar más aventura. Desertó y huyó selva adentro junto a otro tripulante, donde acabaron secuestrados por los taipís, una tribu caníbal de la que su amigo consiguió huir. Él, semanas después, logró salir en otro ballenero hacia Tahití, aunque a bordo participó en un motín y tuvo que huir de nuevo. Un tercer ballenero lo dejó en Hawái y una fragata del ejército, al que se alistó, lo llevó hasta Boston en octubre de 1844. Tras casi cuatro años, desembarcó con la firme decisión de convertirse en escritor de aventuras.

El editor John Murray le había pedido que sus historias, además de ser reales, fueran apasionantes, un consejo que Melville siguió y reafirmó años después en una conferencia, cuando dijo que el buen viajero tenía que “ser joven y despreocupado, dotado de talento e imaginación”. Fue así como *Taipí* (1846), donde narra cómo el protagonista es apresado por una tribu de caníbales, fue junto a *Omoo* (1847) su pasaporte al éxito aunque, ironías del destino, a medida que se acercaba a su estilo, fue deshinchando su popularidad.

La pausa tras su matrimonio en 1847, que le había servido para leer filosofía, tallarse a sí mismo y

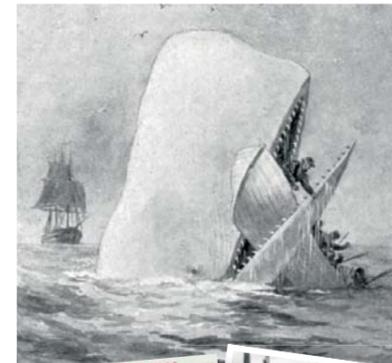
devorar a Shakespeare, fue su tumba. Tras volcar sus aprendizajes en *Mardi*, publicada dos años después —una novela de viajes pero teñida de sesudas reflexiones—, el público le dio la espalda.

UN ENCUENTRO INESPERADO. Cuando en agosto de 1850 Melville acudió a una excursión por Monument Mountain, en Massachusetts, ya estaba escribiendo *Moby Dick*. Lo que no sabía era que Nathaniel Hawthorne, que acababa de publicar *La letra escarlata*, formaba parte del grupo de excursionistas.

Hawthorne era un escritor consagrado al que Melville, quince años menor, admiraba. El azar los refugió bajo la misma roca en una tormenta y lo que iba a ser una ruta de montaña acabó en una conversación de la que Hawthorne salió tan alegre que lo invitó a su casa. Ambos vivían a apenas diez kilómetros de distancia en Massachusetts y los dos años siguientes vivieron una amistad frenética con cartas cruzadas y noches en vela que cambiaron el rumbo del libro que Melville estaba escribiendo. Así, lo que iba a ser un relato de aventuras sobre la caza de la ballena, acabó siendo una compleja novela donde se entretajan el simbolismo, las referencias bíblicas, las metáforas y los nudos filosóficos. El público no lo entendió, pero Hawthorne había aprobado el manuscrito. Y eso ya parecía bastante. “Que usted haya entendido el libro”, le escribió Melville, “ha producido en mí un sentimiento de inexpressable seguridad. He escrito un libro endiablado y me siento puro como un cordero”.

Los 500 ejemplares con dedicatoria a Hawthorne —“en señal de admiración por su genio”—, salieron a la venta en octubre de 1851. Apenas vendió la mitad en los cuatro meses siguiente y las críticas eran tan feroces como el cachalote que acabó hundiendo el Pequod, el barco que había creado Melville inspirado en su vida y en las leyendas del Essex, embestido por una misteriosa ballena en 1820.

Sesudo y enciclopédico, aunque Melville se sintiera puro como un cordero, tampoco había confiado en las ventas de *Moby Dick*, porque antes de publicarlo ya le había confesado a Hawthorne que



La novela fue llevada al CINE en 1956 por John Huston en un filme en el que el actor GREGORY PECK interpretaba al capitán Ahab. Más arriba, ilustraciones publicadas en distintas versiones de la obra con la BALLENA como protagonista.

sus escritos no daban dinero. “Y sin embargo, por lo general”, añadía, “escribir de otro modo no puedo”. Las deudas con editores lo atenazaron y crecieron un año después, tras publicar *Pierre*. Asfixiado, el escritor se centró en su granja, escribió relatos cortos para revistas y fue cumpliendo sus compromisos económicos, aunque jamás volvió a sentir la gloria.

En 1857, tras publicar una novela —un nuevo fracaso editorial— estaba agotado, con una salud magullada, enganchado al alcohol y malhumorado. Había visitado a Hawthorne en Liverpool, donde éste ejercía de cónsul, y su aspecto triste le preocupó. Vio una cara más pálida y una mente enferma que achacó a su desgaste. Ya rendido, Melville optó por regresar a uno de esos cómodos trabajos de los que había rehuido y se empleó como inspector de aduanas.

Pero el suicidio de un hijo y la muerte de otro, acabaron por agriar más el carácter de este soñador derrotado. Al morir en septiembre de 1891, olvidado, el *New York Times* le dedicó seis parcas líneas en las que incluía una errata. Melville, recordaba el periódico, había escrito “Mobie Dick”.

LA RESURRECCIÓN DE UN CLÁSICO. En Estados Unidos, la figura de Melville no comenzó a ser valorada hasta bien entrado el siglo XX. *Moby Dick* apenas había vendido 4.000 ejemplares en vida, pero el centenario de su nacimiento en 1919 sirvió para revivir a un autor que en sus últimos años escribió miles de versos. Décadas después, se reconoció a *Moby Dick* como la gran novela americana; a su autor, como a un revolucionario.

Desde finales del siglo XIX, los viajeros habían llevado pequeños sorbos de Melville a Londres, donde los círculos más progresistas lo alababan. Sin embargo, no fue hasta 1920 cuando se publicó su gran novela en Inglaterra y rápidamente explotaron las ventas, propagándose hasta admiradoras como Virginia Wolf. Desde entonces, su influencia solo ha crecido.

Si Unamuno compró en París la novela, la garabateó y le dedicó dos poemas, Borges escribió que el relato “usurpaba el tamaño del cosmos”. John Huston la llevó a la gran pantalla en 1956 y hasta una cadena de cafeterías le debe a *Moby Dick* su nombre. Enamorados de la novela, los fundadores barajaron llamar Pequod a su primer local, aunque finalmente abrieron el capítulo 26 del libro, llegaron a la primera línea, y no lo dudaron: “El primer oficial del Pequod era Starbuck...” ■ DIEGO COBO

✚ H. MELVILLE, *Moby Dick o la Ballena*. Madrid, Akal, 2012.
H. MELVILLE, *Cartas a Hawthorne*. Segovia, La uña rota, 2016.